

MELISSA DE LA CRUZ

Más allá
de la Isla
de los
Perdidos

EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS

UNA NOVELA DE LOS DESCENDIENTES

LIBRO V

MELISSA DE LA CRUZ

Más allá
de la Isla
de los
Perdidos

EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS

UNA NOVELA DE LOS DESCENDIENTES

LIBRO V

LIBROS 

© 2024 Disney Enterprises, Inc.
Todos los derechos reservados
© de la traducción: Gema Bonnín Sánchez, 2024
Publicado en España por Editorial Planeta, S. A., 2024
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Primera edición: octubre de 2024
ISBN: 978-84-10029-19-4
Depósito legal: B. 12.536-2024
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



capítulo

1

Visión en rojo

Un sol cegador resplandecía en el cielo y el castillo de la reina se alzaba inmenso y hermoso hacia él, con torreones elegantes y simétricos envueltos en su distintiva iridiscencia rojiza. Su base brillaba como un rubí y entre sus muros reverberaba la emoción de los asistentes a una fiesta que se celebraba en los jardines.

No.

Red imaginaba que algo así debía de ser lo contrario a la lúgubre velada que en realidad tenía lugar frente a ella. Cruzó las piernas, cubiertas hasta las rodillas por unas botas con tachuelas, se recostó en una de las sillas de hierro forjado que había en un rincón del jardín y jugueteó con un mechón de su cabello ondu-

lado que, como habrás adivinado, era pelirrojo. Red llevaba su característica chaqueta de cuero roja y negra y los pantalones a juego con rayas de los mismos colores. El conjunto se completaba con un par de mitones negros y un top de rejilla. Que se notara que era hija de la Reina de Corazones. Sí, *esa* Reina de Corazones, la de los guantes rojos, atuendos carmesí y ese hermoso y terrorífico «¡Que le corten la cabeza!»; una reina que solía lucir vestidos de gala que parecían estar hechos de rosas ensangrentadas. ¿Y dónde estaba la reina? La madre de Red acostumbraba a dar la nota para disfrutar de encuentros como aquel, pero ahora ni siquiera estaba cerca de la no celebración. Y ese no era el rollo de Red.

En realidad, la velada no estaba pensada para que fuera el rollo de nadie, ya que no era una fiesta de jardín común, sino que era una no fiesta. «¿Y qué es una no fiesta?», te preguntarás. Bueno, pues es una fiesta en la que nadie hace las cosas propias de las fiestas. Debía haber regalos, como los paquetes inmaculadamente envueltos y los lazos brillantes que había apilados en la mesa de hierro forjado, pero estos no se abrían. Red apenas se molestaba en echarles un vistazo, consciente de que su único destino cuando acabara el evento era la basura.

Debía haber aperitivos, y Red no podía negar que el personal del castillo se lo había currado: mesitas repletas de pastelitos helados, tartas de queso, un pastel de cinco pisos y una auténtica torre de cristal, hecha de delicadas copas que destellaban gracias al ponche estival de su interior.

Pero nadie comía. De hecho, algunos de los presentes co-

mentaban en voz baja que la comida estaba envenenada, así que nadie se atrevía siquiera a tocarla. Bolas de helado se derretían lentamente en sus cuencos de porcelana.

¿Y qué fiesta al aire libre no estaría completa sin juegos con los que entretener a los invitados? Pero en una no fiesta los juegos consistían en cosas como permanecer de pie en el mismo sitio tanto como pudieras o quedarte dormido hasta que alguien te despertara sin demasiada cortesía. En fin, los pasatiempos preferidos de cualquiera.

Y, de un modo muy apropiado para aquella fiesta tan no fiesta, Red era la que peor se lo estaba pasando. Se sentó a un extremo de la mesa para fingir que participaba en un juego de colocar pequeñas tazas de té una encima de otra. Pero en realidad a lo que estaba jugando era a ver cuánto tiempo aguantaba en la no fiesta mientras los demás la observaban por el rabillo del ojo.

Todos los asistentes residían en el País de las Maravillas y eran plebeyos con horarios marcados y ordenados, y un futuro en el mismo ámbito profesional de siempre: o soldados naipe en el ejército de la reina o cortesanos en su corte. Los reunieron para celebrar su no cumpleaños, ya que ninguno de ellos tenía uno real. Al fin y al cabo, los cumpleaños eran ilegales, tal y como había decretado la reina.

Todos los presentes vestían tonos de un rojo tan desgastado que casi parecía gris. Los invitados no eran como los otros chicos de los que Red había oído hablar y que se encontraban en tierras lejanas como Áuradon, chicos que crecían entre cantares y risas y correteaban de acá para allá como conejitos blancos. Aquí, la in-

fancia consistía en noches y días regidos por las normas, en permanecer en silencio durante las comidas y en jugar únicamente entre las dos y las cuatro de la tarde. La soledad era el pasatiempo por excelencia.

Con una débil sonrisa, Red pensó que estaban acostumbrados. No quedaba más remedio.

A ella la habían educado como a los demás, aunque no iba a convertirse en un soldado naípe. Su derecho de nacimiento era gobernar junto a su madre.

Tanto su destino como su futuro parecían estar congelados. Y ahora que la ceremonia que su madre había planificado estaba a la vuelta de la esquina, las responsabilidades y las obligaciones reales se desataban de repente. Sabía qué era lo que esperaban de ella, pero eso no era lo que quería para sí misma. Lo que *deseaba* era ser un poco gamberra, pasárselo bien, y por eso había estado escabulléndose por las noches, cogiendo cosas que se suponía que no debía ni tocar, todo para desafiar a su madre y, siendo sincera, también para llamar su atención.

Red se acomodó en su asiento y volvió a colocar una taza sobre otra por enésima vez. Captó de soslayo a un chico con una gorra gris que llevaba cerca de una hora con la misma pose, sujetando un erizo en la mano. Su expresión daba a entender que le irritaba que ella no se sentara más erguida.

Pero Red no podía evitarlo. La no fiesta era tan cutre como esperaba y cada vez que pensaba en reinar se ponía tensa. El poder ilimitado, el liderazgo sin restricción... Eran cosas que todo el mundo quería, al menos según la Reina de Corazones. Pero ¿las

quería Red? No estaba segura. A veces, se imaginaba que actuaba como si fuera su madre, lanzando platos contra la pared cada vez que se enfadaba e ilegalizando cualquier cosa que se le antojara en un momento dado.

Nunca disfrutaba de esos pensamientos.

Una fuerte brisa tiró el regalo que estaba en lo más alto de la pila y lo hizo caer con un chapoteo en el estanque koi que había al lado.

—¡Por todos los tréboles! —exclamó una chica, que llevaba un jersey color borgoña con un estampado de lunares, antes de retomar la compostura y continuar con su juego de llevar una silla de un lado a otro del estanque.

Otra chica chasqueó la lengua y retomó el recuento de briznas de hierba.

Red puso los ojos en blanco.

Entonces, un sonido todavía más elevado se extendió por todo el jardín: el de las trompetas de bienvenida. De golpe, los ojos de todos los adolescentes se agrandaron a la vez y detuvieron sus no juegos, trasladando su peso de un pie a otro con inquietud. Cuando la reina anunciaba su llegada, uno debía prestar atención.

A Red no siempre la entusiasmaban las irrupciones de su madre, pero la no fiesta era tan aburrida como se esperaba que fuera, por lo que agradeció la novedad.

Se levantó junto a los demás tras dejar a un lado la taza de té y se dirigió a la entrada a tiempo para ver cómo se abrían las puertas y la Reina de Corazones hacía su aparición.



capítulo

2

La Reina Roja en persona

— ¡Ejem!

La reina se aclaró la garganta. Era una mujer hermosa, de cejas arqueadas y mirada intensa. Iba ataviada con un lustroso vestido rojo con adornos negros, blancos y, por supuesto, de corazones. Su corona de rubíes descansaba elegantemente en su cabeza y su sofisticada y larga cabellera roja era tan lisa y tupida como una cortina de terciopelo. Sobre su clavícula colgaba un collar con un rubí y el cuello rígido del vestido se alzaba grácilmente sobre sus hombros de manera que daba la impresión de que estaba encapsulada en un corazón. La suya era una imagen feroz y glamurosa, digna de ver.

Pero lo que a Red le parecía más impresionante era el hecho

de que su madre ni siquiera necesitara alzar la voz para dar a conocer la magnitud de su enfado. La reina dio una palmada y carraspeó. Su voz tenía un cariz melodioso pero frío.

—Ciudadanos del País de las Maravillas, atended, por favor.

El jardín ya estaba sumido en un silencio tal que se habría oído hasta el sonido de una gota al caer y todos los presentes tenían la mirada puesta en la reina, desde el chico de la gorra gris hasta las chicas de la piscina, los soldados naípe y las ranas mayordomo que hacían todo lo que podían —es decir, nada— para conseguir que la no fiesta fuera no interesante. Pero era muy propio de la madre de Red el no percatarse de la situación de sus súbditos, y mucho menos empatizar con ellos.

Todos se esforzaron por prestar aún más atención.

La reina sonrió a sus súbditos, satisfecha.

—Red, querida, ¿cómo estás? —inquirió al ver a su hija—. ¿Pasando un buen rato?

—No mucho —contestó ella con un encogimiento de hombros.

La Reina de Corazones sonrió y asintió.

—Así me gusta. ¿Es necesario que vistas con tanto cuero? —preguntó con una expresión hosca al reparar en el conjunto de Red—. Pareces una maleante. —Red sintió que se le encendían las mejillas, pero nadie se atrevió a mirarla. La reina prosiguió sin una disculpa—: En fin. He caído en la cuenta de que padecemos una falta severa de leyes; leyes que nos beneficiarían a todos y cada uno de nosotros. Como vuestra gobernante, lamento haber descuidado durante tanto tiempo aspectos tan importantes

para el progreso. Sencillamente, no pueden esperar al próximo decreto real.

Red sabía que, de no ser por el meticuloso adiestramiento de la gente del País de las Maravillas, una exclamación ahogada habría recorrido todo el jardín. Aun así, le pareció ver que el rostro de una de las ranas mayordomo se contraía de disgusto durante un instante antes de recuperar la compostura.

El soldado naípe que se encontraba junto a la reina sacó un rollo de pergamino y lo desplegó para que la madre de Red lo leyera. Llevaba el mismo uniforme que todos los demás: un casco rojo con un corazón en la parte delantera y una armadura de cuero roja y negra, con una espada al costado. El pequeño diamante del pectoral derecho señalaba su número de la baraja: el nueve.

—Por descontado todos sabéis que los cumpleaños son ilegales —empezó a decir la reina—. ¿Quién los necesita? Cada año con sorpresas tontas, el caos propio de ellos... Es todo muy aburrido. —Los allí presentes asintieron y murmuraron con aprobación, tal y como se esperaba que hicieran—. Cada año presentamos una mesa llena de postres. ¡Para mostrar lo perturbadores que pueden ser!

Contempló la mesa de postres con amargura. El objetivo de tenerlos allí era recordar a la plebe aquello que *no* necesitaba, así como poner a prueba su voluntad y fortalecerla. Red sabía que, además, era una trampa. Si pillaban a alguien cogiendo alguno de los dulces, recibiría un castigo ejemplar. A Red le parecía bastante astuto, en cierta manera, y algo macabro.

—¡Oh! —dijo la reina, claramente alterada—. ¿Eso es un *cupcake*?

La joya de la corona de la mesa de postres era una torre de *cupcakes* con forma de flamenco.

Red se volvió hacia el repostero real, que temblaba de arriba abajo.

—Señora... Su majestad, lo lamento mucho... Encontré una vieja receta vuestra...

—¡Quítalo de mi vista! —masculló la reina, y a continuación se dio unos toquécitos en la frente con un pañuelo rojo.

Red se preguntó a qué venía eso. Nunca antes había visto a su madre tan descompuesta frente a un *cupcake*. Y entonces cayó en la cuenta de que, en realidad, hasta entonces tampoco había visto un *cupcake*. Se preguntó a qué sabrían. Pero quizá nunca lo supiera, ya que el repostero estaba retirando una bandeja repleta de ellos.

La reina dio otra palmada y recuperó su temple habitual.

—¡Pues eso! Que los cumpleaños siguen siendo ilegales. ¡Los dulces están vetados! En especial si son *cupcakes*. Y lo que es más importante, toda risa quedará restringida a partir del mediodía. ¡Sencillamente no es bueno para vuestro corazón que riais tan temprano! Quizá sea mejor no reír en absoluto. Esto significa que solo podrán contarse chistes algún que otro sábado, si es que contarlos es estrictamente necesario.

Pero su tono dejaba claro que nadie debería sentir la necesidad de contar chistes jamás.

La reina alzó la mano y el soldado naipe dejó que el pergamino se enrollase solo con un «chas».

—Eso es todo —dijo—. ¡De nada!

Todos los invitados y trabajadores del castillo inclinaron la cabeza mientras coreaban un «Gracias, alteza» y un «Sí, su majestad». La reina esbozó una sonrisa benévola y asintió, dejándose embriagar por tanta reverencia.

Entonces Red distinguió algo por el rabillo del ojo. Un chiquillo pululaba junto a la mesa de los postres, uno al que había visto mirar boquiabierto los dulces esa misma tarde. Se aprovechó del momento de distracción de la reina para rapiñar dos y luego tres tartaletas de fresa que se metió en los bolsillos de sus pantalones a cuadros.

Tenía pinta de estar asustadísimo, pero también decidido. Red sonrió, divertida ante el pequeño hurto. Pero como todo en el País de las Maravillas, ninguna falta quedaba sin castigo.

—¡TÚ!

La voz de la reina cayó como un trueno entre los allí presentes. Red no tenía claro cómo era posible que su madre hubiera visto al chiquillo desde su posición, pero de pronto todo el mundo dirigía la mirada hacia la mesa de postres.

El chaval, cuyo rostro se tornó pálido, soltó los dulces y se quedó petrificado.

—¿Qué acabo de decir? —soltó la Reina de Corazones, haciendo hincapié en cada sílaba mientras juntaba las manos para darle énfasis con una expresión sumamente exasperada por la situación.

—*O fíento* —murmuró el chico. Tenía la boca llena de tartaletas.

—¡Lleváoslo todo! ¡Lleváoslo! —ordenó la reina—. Y a él también. ¡Lo quiero fuera de mi vista!

Uno de los soldados naípe cogió al pequeño en brazos y se lo llevó por uno de los pasillos del laberinto de arbustos. Puede que otro hubiera intentado resistirse dando patadas y protestando, pero aquel chico se limitó a aceptar las consecuencias de sus actos y a permanecer quieto y resignado entre los brazos del guardia.

Otros dos soldados naípe levantaron la mesa de postres y tiraron todo lo que había en ella al estanque koi (por suerte era un estanque no koi así que no había ningún pez que pudiera resultar herido). Todo sucedió muy deprisa y con gran eficiencia y, en menos de un par de minutos, el problema estaba más que solventado.

La Reina de Corazones se frotó las manos con vehemencia, como si hubiera tocado algo desagradable.

—Una cosa más —añadió. Ahora la reina miraba directamente a su hija, y aunque a Red no la asustaban los dictámenes de su madre (normalmente solo la molestaban) sintió un vuelco de inquietud en el estómago—. Estáis al tanto de nuestra victoria en la Guerra de las Rosas, ¿verdad?

—Desde luego —afirmaron los no fiesteros con diligencia—. La Guerra de las Rosas, por descontado.

Era lo primero que se enseñaba en los colegios del País de las Maravillas: cómo el País de las Maravillas decidió no formar parte de los reinos unidos de Áuradon y cómo la reina había constituido un ejército para proteger su libertad, lo que llevó a Áuradon a bloquear la Madriguera del Conejo y aislar así al País de las Maravillas del resto de los reinos por miedo.

—Y sé cuánto os gusta la Ceremonia del Té del País de las Maravillas que celebramos anualmente y que tendrá lugar dentro de dos semanas para conmemorar los episodios importantes de nuestra historia, así como para dar a conocer el decreto real de cara al año próximo. En años anteriores hemos gozado de decretos muy notables: el año que aumentó el valor de la liga nacional de cróquet al incluir las decapitaciones por tarjeta roja. Aquel en el que encarcelamos a todos los gatitos y cachorritos hasta que estuvieran bien educados. O aquel año inolvidable en el que se prohibió toda clase de bailes —prosiguió la Reina de Corazones—. Pero este año me complace anunciar que la ceremonia será especial, pues le corresponderá a mi propia hija, Red de Corazones, emitir el decreto real.

Unos vítores forzados estallaron en el jardín. Los súbditos se apresuraron a felicitar a Red y los soldados naípe se cuadraron para realizar un saludo formal ante ella.

Red asentía y sonreía ligeramente, pero por dentro tenía la sensación de haberse quedado sin aire. Siempre supo que acabaría asumiendo más deberes reales, pero aquello la lanzaba de lleno al meollo del asunto. El decreto de la Ceremonia del Té del País de las Maravillas no era moco de pavo, pues contenía una serie de normas, regulaciones y objetivos para el año próximo. Condicionaba el rumbo del reino. Y ¿ahora le tocaba no solo dar con las nuevas reglas, sino anunciarlas en un discurso pomposo y a lo grande?

Red se abrió camino hasta su madre, que aplaudía delicadamente con sus guantes rojos que le llegaban hasta los codos.

—¿Estás segura? ¿Tan pronto? —le preguntó por debajo de la algarabía de la gente.

—¡Claro, claro! —afirmó su madre—. En todo caso yo diría que ya vamos tarde.

—Es solo que... Sé que es una responsabilidad muy grande.

—No te preocupes. —La reina pellizcó una de las mejillas de Red con una mezcla de picardía y afecto porque sabía cuánto lo detestaba su hija—. Tendremos tiempo más que de sobra para prepararlo. Y yo estaré contigo a cada paso que des.

—De acuerdo —asintió Red.

La idea de que la reina fuera a dedicarle toda su atención y a controlar sus pasos de forma quisquillosa, tal y como acostumbraba a hacerlo todo, no le hacía demasiada ilusión.

—Y una vez que asumas esto, estarás preparada para más deberes reales. Antes de que te des cuenta ya serás exactamente como yo. ¡Mejor de lo que nunca has sido!

La reina esbozó una deslumbrante sonrisa sin dar tiempo a Red a decir nada y empezó a aplaudir.

—¡Guardias! —llamó.

Los soldados naipe se colocaron en dos hileras perfectas y el jardín recobró el mismo aspecto que había tenido justo antes de su llegada. Los súbditos retomaron sus no juegos de forma automática, como si estuvieran regidos por el mecanismo de un reloj de cuco.

Todos menos uno, claro. Solo Red reparó en cómo los postes que no habían sido disfrutados se convertían en una pasta húmeda en el estanque.